



CASIMIRO

Y EL VIAJE MAS ALLA DEL SOL

SEBA.FONTAO

Casimiro es un cachorro de yaguareté muy inquieto, juguetón y soñador.

Le encanta correr detrás de las mariposas mientras juega a las escondidas con sus amigos en la selva.

Cuando cae la tarde, Casimiro disfruta pasar tiempo con su abuelo Onca, que siempre tiene una historia para contar.

—Abuelo, ¿cómo jugabas cuando eras chiquito?

—preguntó Casimiro con curiosidad.

—Jugábamos a las escondidas entre los árboles, igual que vos ahora —respondió el abuelo con una sonrisa.

—¿Solo a las escondidas? —insistió el pequeño.

—¡Claro! Pero nuestros juegos duraban todo el día —dijo Onca.

—¿Todo el día? ¿No se cansaban de jugar siempre lo mismo?

—¡Para nada! —exclamó el abuelo—. Nuestros juegos eran una aventura, porque nuestro territorio era tan grande que llegaba hasta donde se esconde el sol.

Casimiro se quedó en silencio, con la mirada perdida en el horizonte, imaginando un lugar donde los juegos nunca terminaban...



A la mañana siguiente, los amigos de Casimiro estaban listos para jugar, pero él no aparecía.

—¿Dónde está Casimiro? —preguntó Carayá, el mono—. Le grité desde los árboles, pero no responde.

—Yo tampoco lo encuentro —dijo Pitoco, el zorro.

—Capaz se quedó dormido —opinó Yurumí, la osa hormiguero.

—Voy a buscarlo —dijo Toco, el tucán, y salió volando.

Al rato, encontró a Casimiro en un claro del bosque.

—¿Qué hacés acá? ¡Todos te esperan para jugar! —le dijo.

—Hola, Toco. Estoy haciendo un globo gigante con hojas —respondió Casimiro sin dejar de trabajar.

—¿Un globo? ¿Para qué?

—Mi abuelo me contó que nuestro territorio llegaba más allá de dónde se esconde el sol... ¡y quiero ir a verlo!

—¡Qué buena idea! —exclamó Toco—. Voy a avisarles a los demás para ayudarte.

Y así, entre todos, trabajaron durante horas para terminar el globo.



Con la salida del sol, todos estaban listos y emocionados por la gran aventura. Casimiro se subió rápido a la canasta del globo y les pidió a sus amigos que lo soltaran.

—¡Todavía no! —advirtió Toco, el tucán—. ¡Hace mucho viento y podrías perder el control!

—No te preocupes —dijo Mboreví, el tapir—. Entre todos podemos tirar de esta soga para que no se aleje.

El globo empezó a elevarse, suave al principio, mientras los amigos tiraban con fuerza para mantenerlo cerca.

Pero de pronto, una ráfaga de viento muy fuerte sacudió el globo.

Los animales no pudieron sostener la soga... y la soltaron.

Casimiro voló cada vez más alto, hasta perderse en el cielo.



Casimiro voló día y noche en su globo, sin saber a dónde iba.

Poco a poco, el globo comenzó a desinflarse... hasta que, por suerte, aterrizó sano y salvo.

Al bajar, se sintió desorientado y un poco asustado. Todo era muy distinto a lo que conocía: hacía frío, las plantas eran diferentes, los ríos eran de agua clara pero helada, y no podía ver el horizonte... unas enormes rocas con puntas blancas lo tapaban por completo.

Casimiro no sabía dónde estaba y se sentía muy solo.

Asustado, se sentó junto a un lago... y empezó a llorar.

—¿Qué te pasa, cachorro?

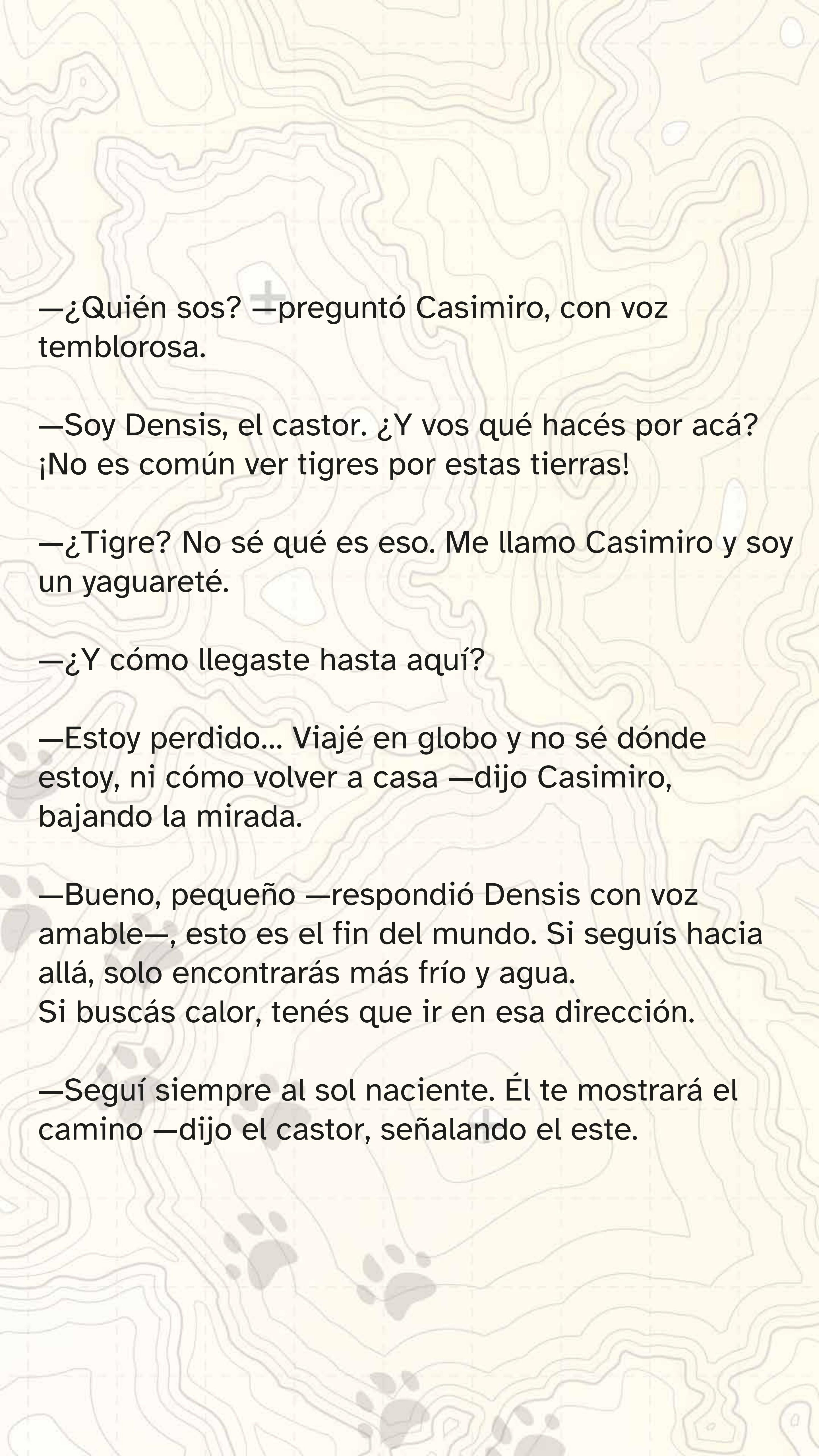
Casimiro dio un salto y se puso de pie.

—¿Qui-quién dijo eso? —preguntó, mirando a todos lados mientras se secaba las lágrimas con la patita.

—¡Fui yo!

Frente a él había un animal que nunca había visto. Se parecía un poco a su amiga Kyja, la nutria, pero era más gordito, tenía una cola ancha y dos dientes enormes.





—¿Quién sos? —preguntó Casimiro, con voz temblorosa.

—Soy Densis, el castor. ¿Y vos qué hacés por acá? ¡No es común ver tigres por estas tierras!

—¿Tigre? No sé qué es eso. Me llamo Casimiro y soy un yaguareté.

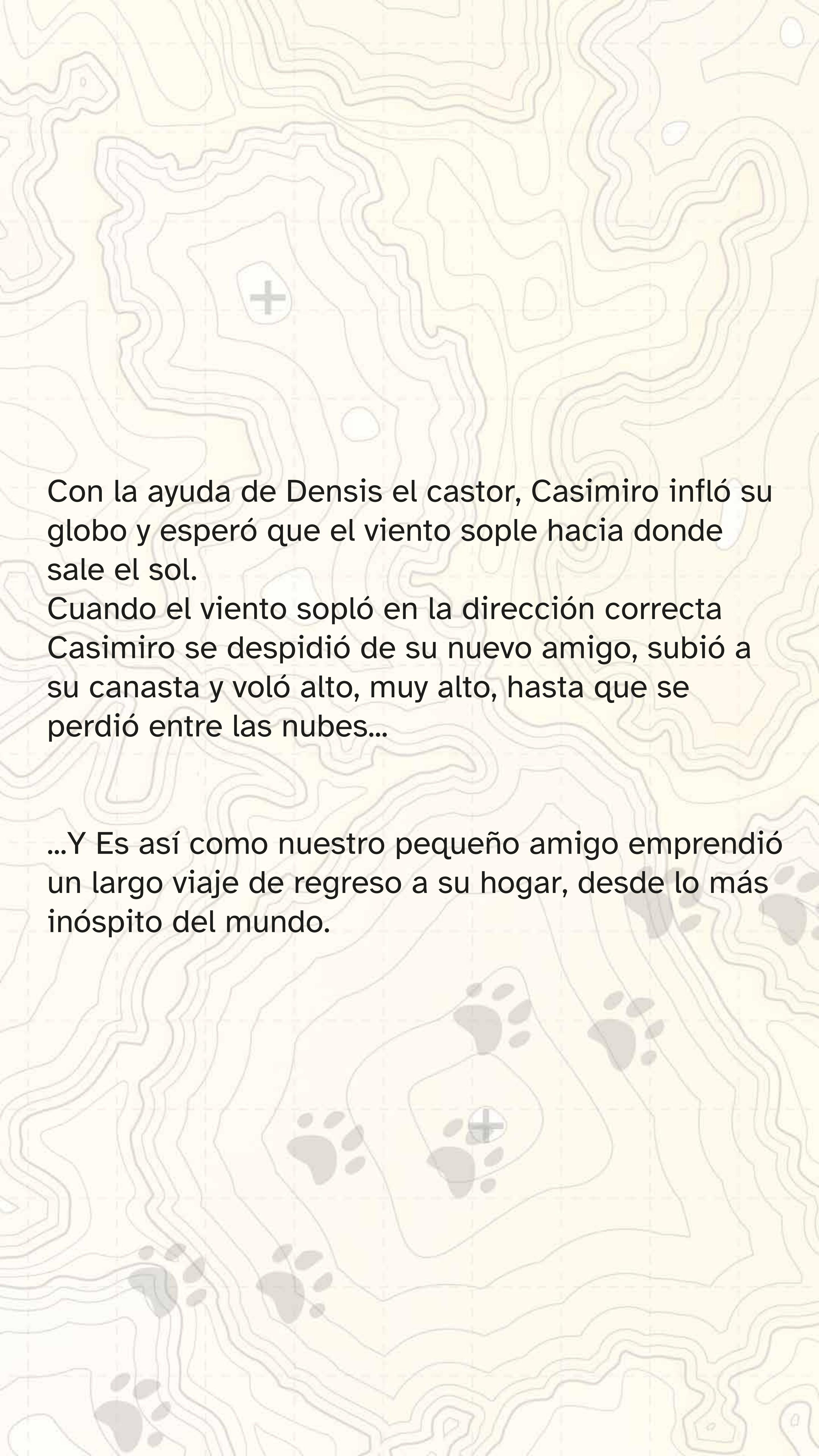
—¿Y cómo llegaste hasta aquí?

—Estoy perdido... Viajé en globo y no sé dónde estoy, ni cómo volver a casa —dijo Casimiro, bajando la mirada.

—Bueno, pequeño —respondió Densis con voz amable—, esto es el fin del mundo. Si seguís hacia allá, solo encontrarás más frío y agua. Si buscás calor, tenés que ir en esa dirección.

—Seguí siempre al sol naciente. Él te mostrará el camino —dijo el castor, señalando el este.





Con la ayuda de Densis el castor, Casimiro infló su globo y esperó que el viento sople hacia donde sale el sol.

Cuando el viento sopló en la dirección correcta Casimiro se despidió de su nuevo amigo, subió a su canasta y voló alto, muy alto, hasta que se perdió entre las nubes...

...Y Es así como nuestro pequeño amigo emprendió un largo viaje de regreso a su hogar, desde lo más inóspito del mundo.



Un nuevo día comenzó y Casimiro volaba en su globo sobre lugares que no conocía. Habían pasado varias horas desde que partió del fin del mundo, buscando el camino a casa.

Desde el cielo, vio montañas grandes y un río rodeado de acantilados.

Debajo, unos delfines de dos colores jugaban en la sombra que hacía el globo sobre el agua.

Al volver a volar sobre tierra, Casimiro vio que se acercaba un ave enorme.

Asustado, trató de esconderse en la canasta, pero el ave ya lo había visto.

—¿Quién sos, pequeño? —preguntó el ave—. ¡Nunca vi a un puma volar!

—¿Un puma? No sé qué es eso. Soy Casimiro, un yaguareté —respondió tímido, asomándose para mirarla.

—¿Y qué hacés por acá, amiguito? —preguntó el ave con voz suave.

—Estoy tratando de volver a casa. Vengo del fin del mundo y vuelo hacia donde nace el sol —dijo Casimiro.

En ese momento, el globo comenzó a desinflarse. El aire caliente se enfrió y el globo bajó suavemente hasta el pie de una montaña enorme.

El ave aterrizó junto a Casimiro. El cachorro se escondió en la canasta, intimidado por lo grande que era.

—No tengas miedo, pequeño —dijo el ave—. No te haré daño.

—¿Quién sos? —preguntó Casimiro, tapándose los ojos con las patitas.

—Me llamo Vultur y soy una cóndor. Vivo en lo alto de estas montañas.

—¿Necesitás ayuda? Veo que tu globo está desinflado. Si querés, puedo ayudarte —ofreció Vultur.

—Sí, me gustaría volver a mi casa —dijo Casimiro.

—Se está haciendo de noche. Podemos hacer una fogata para calentar el aire y así mañana podés seguir tu viaje —propuso Vultur.

—Gracias, me ayudaría mucho —respondió Casimiro.

—Quedate acá. Voy a buscar a mi familia y entre todos te ayudaremos.

Casimiro empezó a juntar ramas y hojas secas para hacer la fogata cerca del globo.



Unos minutos después, Vultur volvió con su familia.

Prendieron el fuego y con sus grandes alas empujaron el aire caliente dentro del globo.

En poco tiempo, el globo estuvo listo para despegar.

—¡Gracias, Vultur! —dijo Casimiro—. Ahora puedo seguir mi viaje.

—Jajaja, no te apures —respondió la cónedor—. Ya es de noche, descansá un poco. Mañana volarás con el sol.

Casimiro se acurrucó junto al fuego, pero no podía dormir.

—Brrr, brrr —temblaba.

—¿Qué pasa, cachorro? ¿Por qué no dormís?
—preguntó Vultur.

—Tengo mucho frío —contestó Casimiro.

—No te preocupes, te daremos calor.

Los cóndores se juntaron alrededor, abrieron sus alas y lo taparon suavemente.

—¿Así estás mejor? —preguntó Vultur.

Pero Casimiro ya dormía tranquilo.





A la mañana siguiente, todo estaba listo para que Casimiro siguiera su viaje.

—Gracias, Vultur. Es hora de partir —dijo Casimiro mientras se acomodaba en el globo.

—De nada, pequeño. Esperamos que pronto vuelvas a casa. Cuando despegués, te ayudaremos a ir en la dirección correcta.

Casimiro soltó la soga que sujetaba el globo. La familia de Vultur batió fuerte sus alas y empujó el globo hacia el sol naciente.

—¡Adiós, Vultur! ¡Gracias por todo! —gritó Casimiro mientras se alejaba.

Vultur y su familia lo saludaban con sus alas.



El viaje de Casimiro siguió tranquilo por varias horas.

Pero de repente, un viento frío y seco bajó de las montañas y sacudió el globo, alejándolo de su camino.

Pronto, Casimiro volaba sobre un terreno seco y con pocas plantas. Las montañas se veían pequeñas en el horizonte.

El cachorro no se preocupó porque seguía yendo hacia donde nace el sol.

Pero no todo iba bien. El viento había aflojado las costuras del globo.

De repente, un hilo se cortó y el aire empezó a escapar con un fuerte zumbido.

El globo voló más rápido, pero comenzó a bajar.

El aterrizaje fue duro. La canasta dio varios tumbos con Casimiro adentro, pero por suerte el globo, o lo que quedaba, lo protegió en la caída.



Aturdido, Casimiro salió entre las hojas que quedaban del globo.

—¡El globo está destruido! —exclamó—. ¿Cómo lo voy a arreglar? Aquí casi no hay plantas...

—Mmm, creo que no tiene arreglo —se escuchó una voz.

—¿Qui-quién dijo eso? —preguntó Casimiro, asustado.

—¡Fui yo!

—¿Quién? ¿Quién sos? ¡No te veo! —gritó, temblando.

Casimiro se subió a una roca y gritó:

—¡Sal de donde estés! ¡No me asustás!

Pero la roca empezó a moverse.

—No quiero asustarte, solo te pido que bajes de mi lomo —dijo la voz.

—¡Oh, perdón! —dijo Casimiro mientras bajaba—. Pensé que era una roca.

—Me llamo Pichi, el armadillo. ¿Qué hacés por acá? Hace mucho que no veo un puma en esta meseta.

—¿Puma? No sé qué es eso. Yo soy Casimiro, un yaguareté. Estoy tratando de volver a mi casa. Vengo del fin del mundo y voy hacia donde nace el sol —respondió Casimiro.



Casimiro miró a Pichi con asombro. Se parecía mucho a su amigo Maximus, el tatú carreta, pero Pichi era mucho más pequeño.

—Te parecés a un amigo mío, pero vos sos más chiquito —dijo Casimiro.

Pichi se rió a carcajadas.

—¿De qué te reís? —preguntó Casimiro.

—De nada en especial —respondió Pichi—. Creo saber de dónde venís y conozco a unos amigos que pueden ayudarte a volver a tu casa, si querés.

—¿En serio? ¡Claro que quiero! —exclamó Casimiro saltando de alegría—. ¿Pero cómo sabés de dónde vengo?

—Ven, caminá conmigo y te lo explicaré mientras vamos a buscar a mis amigos.

—¡Cuentame! ¿Cómo lo sabés? —preguntó Casimiro.

—Vengo de una gran familia. Acá en la meseta del viento, donde hace frío vivimos los más chiquitos. En el centro, donde el clima es templado, viven los medianos. Y en la selva del norte, donde hace calor, viven mis primos más grandes.

Por eso, cuando dijiste que te parecía un amigo pero más chiquito, supe que vos venís de la selva del norte.

—¡Sí, sí! —dijo Casimiro con una gran sonrisa—. ¿Sabés cómo puedo volver?

—Claro, pequeño, aunque el camino es muy largo.

Después de caminar un buen rato, Pichi dijo:
—Llegamos. Esperá aquí un momento, voy a buscar a un amigo.

Casimiro esperó y vio salir a Pichi acompañado por un ave extraña.

—Este es Choique —dijo Pichi—. Él te llevará con una amiga que te ayudará.

—Hola, pequeño. Subite a mi lomo, tenemos un largo viaje por delante —dijo Choique.

Casimiro subió sin dudar.

—Despídete de Pichi, pronto será de noche —dijo el ñandú.

—¡Adiós, Pichi! ¡Gracias por todo! —exclamó Casimiro.

—Que tengas suerte y regreses pronto a casa —respondió Pichi.

—¿Me llevarás volando? —preguntó Casimiro.

—No puedo volar, soy un ñandú —respondió Choique.

—¿No podés volar? —dijo Casimiro, sorprendido por las grandes alas.

—Agarrate fuerte, porque aunque no vuelo, corro rapidísimo.

Y así, Choique salió corriendo veloz, con Casimiro sobre su lomo.



El viaje fue rápido y al caer la tarde Casimiro llegó a un lugar nuevo. Quedó asombrado al ver un espejo de agua que parecía extenderse más allá del horizonte.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es el océano —respondió Choique.

—¿Qué hacemos aquí? No se parece a mi hogar —dijo Casimiro.

—Aún estás lejos, pero aquí hay alguien que puede ayudarte —explicó Choique, mirando hacia el océano.

—¡Ahí está! —exclamó—, es Franca, ella te ayudará, pero está muy lejos de la costa.

—No la veo —dijo Casimiro, tapándose del sol.

—Quedate aquí un momento, voy a pedir ayuda a un viejo amigo para que la traiga —dijo Choique.

Casimiro esperó mientras jugaba haciendo pocitos en la arena.



—Hola, pequeño —se escuchó una voz fuerte.

Casimiro saltó del susto al oírla.

—¿Por qué te asustas, pequeño? —preguntó la voz.

—Es que estaba distraído y me asusté —dijo el cachorro.

Cuando se dio vuelta, no podía creer lo que veía: era una criatura que nunca había visto antes.

Tenía un cuerpo largo y gordito, no tenía patas, sino dos aletas y una cola. Era como un pez gigante con piel suave y una nariz tan grande que le tapaba la boca.

—¿Quién eres? —preguntó el curioso yaguareté.

—Me llamo Mirounga y soy un elefante marino. Ven conmigo, te llevaré con Franca. Ella te ayudará a llegar a tu casa.

El pequeño yaguareté subió al lomo de Mirounga y juntos se metieron en el mar.



—Ahí está —dijo Mirounga.

—No veo nada —dijo Casimiro.

De pronto, un ruido lo asustó y empezó a llover suavemente.

—Hola, soy Franca. Ven, te ayudaré a llegar a tu hogar.

Casimiro nunca había visto un animal semejante y se quedó sorprendido.

—Sube a mi lomo y te acercaré a tu destino —dijo Franca.

Casimiro subió y comenzaron a navegar.

El cachorro tenía muchas preguntas:

—¿Eres un pez? ¿Puedes respirar bajo el agua? ¿Qué es ese agujero en tu cabeza?

—Eres muy curioso —dijo Franca—. Ahora descansa, mañana te respondo.

Casimiro se recostó y se durmió mirando las estrellas.



Al amanecer, Casimiro se despertó con los primeros rayos de sol.

—¡Buen día, pequeño! ¿Dormiste bien?
—preguntó Franca.

—Sí, gracias. ¿Hemos viajado toda la noche?
—dijo Casimiro.

—Sí, y ya casi llegamos —respondió Franca.

—¡Estoy cerca de casa! —saltó de alegría Casimiro.

—Sí, pero aún te queda un viaje más —le explicó Franca.

Casimiro se puso triste.

—No estés triste, ya estás más cerca. Ahora te responderé tus preguntas —dijo Franca.

Casimiro, emocionado y secándose las lágrimas, preguntó:

—¿Eres un pez? ¿Puedes respirar bajo el agua?
¿Por qué tienes un agujero en la cabeza? ¿Esos en tu boca son dientes?

—Jajaja, despacio, pequeño. No soy un pez, soy una ballena —rió Franca.

—Las ballenas somos parte de una gran familia llamada cetáceos. Somos mamíferos, igual que tú, pero vivimos en el agua —explicó Franca.

—¿Mamíferos? —preguntó Casimiro.

—Sí, los mamíferos tomamos leche de mamá cuando nacemos. Por eso somos parientes —dijo Franca.

—¿Parientes? Eso no puede ser —dijo Casimiro, mirándose y comparándose con Franca.

—Sí, pequeño, todos los mamíferos tenemos un antepasado en común —respondió Franca.

Casimiro se rascó la cabeza, tratando de entender.

—¿Puedes respirar bajo el agua? ¿Qué es ese agujero que tienes en la cabeza? —preguntó.

—No puedo respirar bajo el agua, igual que tú. Ese agujero es mi espiráculo, por ahí respiro —contestó Franca.

—¡Ah! ¡Es tu nariz! —exclamó Casimiro.

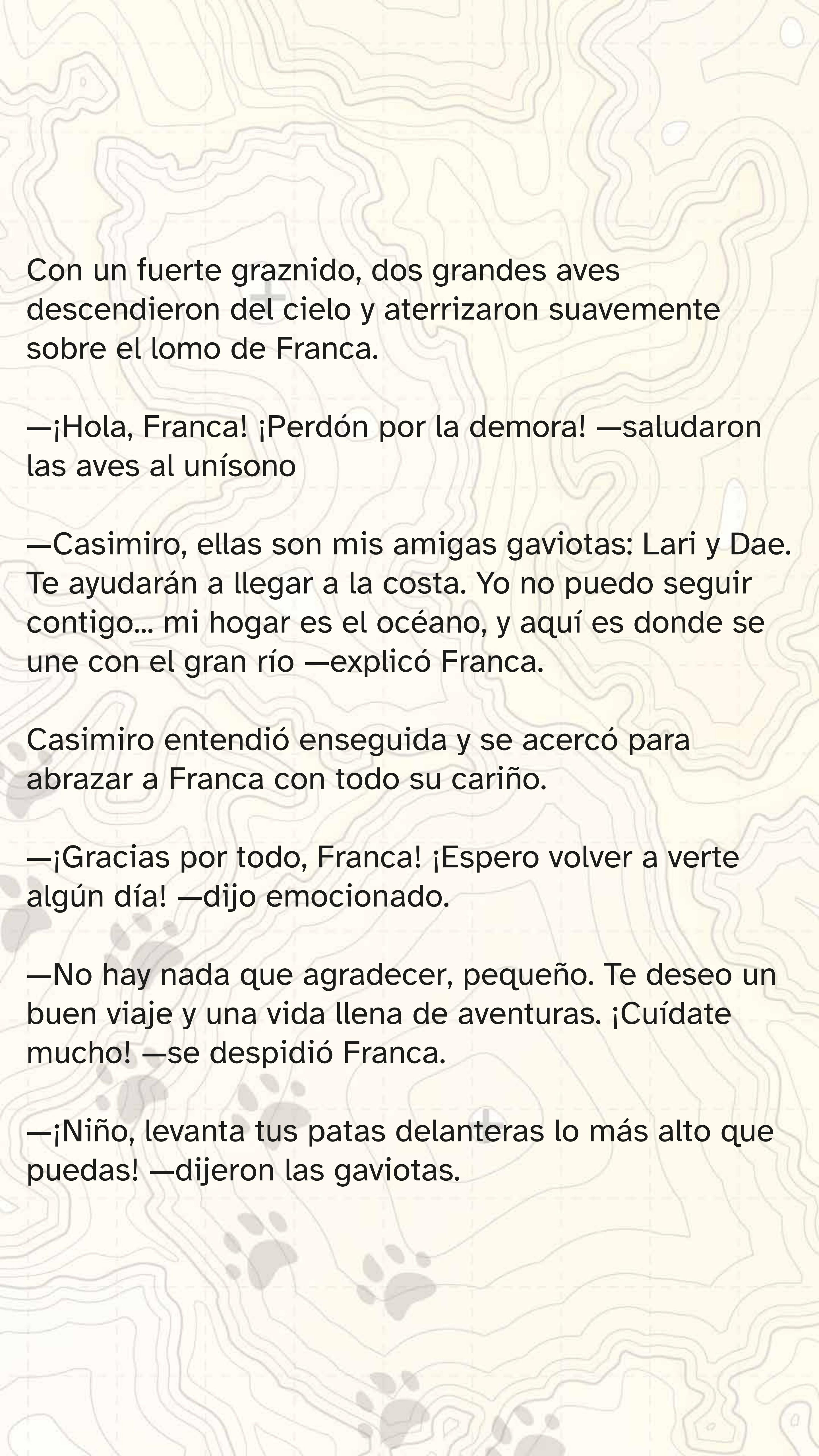
—Jajaja, más o menos —rió Franca.

De repente, Franca empezó a dar vueltas en círculos.

—¿Por qué giramos así? Me estoy mareando —dijo Casimiro.

—Estoy buscando a unas amigas y creo que ya vienen —respondió Franca.





Con un fuerte graznido, dos grandes aves descendieron del cielo y aterrizaron suavemente sobre el lomo de Franca.

—¡Hola, Franca! ¡Perdón por la demora! —saludaron las aves al unísono

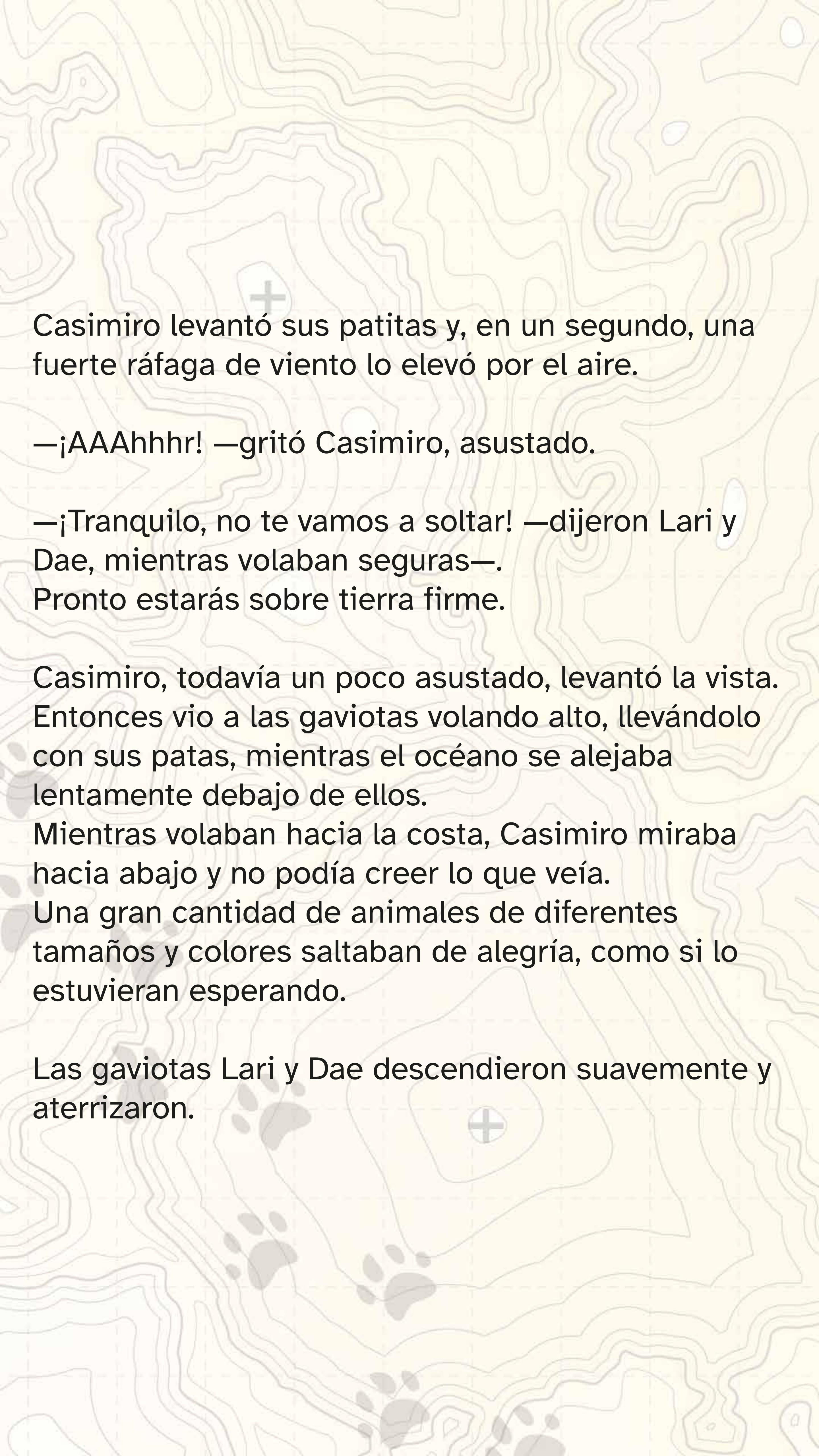
—Casimiro, ellas son mis amigas gaviotas: Lari y Dae. Te ayudarán a llegar a la costa. Yo no puedo seguir contigo... mi hogar es el océano, y aquí es donde se une con el gran río —explicó Franca.

Casimiro entendió enseguida y se acercó para abrazar a Franca con todo su cariño.

—¡Gracias por todo, Franca! ¡Espero volver a verte algún día! —dijo emocionado.

—No hay nada que agradecer, pequeño. Te deseo un buen viaje y una vida llena de aventuras. ¡Cuídate mucho! —se despidió Franca.

—¡Niño, levanta tus patas delanteras lo más alto que puedas! —dijeron las gaviotas.



+

Casimiro levantó sus patitas y, en un segundo, una fuerte ráfaga de viento lo elevó por el aire.

—¡AAAhhr! —gritó Casimiro, asustado.

—¡Tranquilo, no te vamos a soltar! —dijeron Lari y Dae, mientras volaban seguras—. Pronto estarás sobre tierra firme.

Casimiro, todavía un poco asustado, levantó la vista. Entonces vio a las gaviotas volando alto, llevándolo con sus patas, mientras el océano se alejaba lentamente debajo de ellos.

Mientras volaban hacia la costa, Casimiro miraba hacia abajo y no podía creer lo que veía. Una gran cantidad de animales de diferentes tamaños y colores saltaban de alegría, como si lo estuvieran esperando.

Las gaviotas Lari y Dae descendieron suavemente y aterrizaron.



En cuanto tocaron tierra, Casimiro se encontró rodeado por un montón de animales curiosos que lo miraban con asombro.

—¡Abran paso al pequeño! —se escuchó una voz clara y serena.

De inmediato, los animales se apartaron haciendo un camino.

Casimiro, un poco aturdido y desorientado, levantó la vista.

Frente a él había un nuevo animal que jamás había visto: era alta, elegante y tenía una mirada muy dulce.

—Hola pequeño —dijo con voz suave—. Mi nombre es Aurora. Vamos a ayudarte.

Te queda un último viaje antes de volver a tu hogar.

Casimiro, aunque algo cansado, siguió a Aurora. Caminaron entre los animales que lo miraban con curiosidad y ternura.

—Dejen pasar al pequeño, seguramente está muy cansado —exclamó Aurora.

Todos abrieron paso y se formó una fila detrás del cachorro, como si lo escoltaran.

Al llegar a un establo.

—Pasarás aquí la noche, cachorro —dijo Aurora sonriendo—. Mañana comenzará tu último viaje de regreso a casa.



—Gracias... pero dime, ¿qué clase de animal eres tú? —preguntó Casimiro, curioso.

—Soy una vaca, pequeño. Aquí, en la pradera, vivimos muchas de nosotras —respondió Aurora con una sonrisa—. Ven, acércate y come algo. Seguro tienes mucha hambre.

Sin dudarlo, Casimiro corrió hacia el gran banquete que los animales habían preparado para él: frutas jugosas, verduras frescas, un poco de queso y leche tibia.

Comía y comía sin parar, como si no lo hiciera desde hacía días.

—Despacio, pequeño —dijo Aurora con voz suave—. No queremos que te atragantes.

Casimiro no decía una palabra, solo masticaba feliz. Pero poco a poco, sus ojos comenzaron a cerrarse. Estaba tan cansado que no pudo terminar su comida.

—Ven, pequeño, es hora de descansar. Mañana será un gran día —le dijo Aurora dulcemente.

Casimiro se recostó sobre una cama hecha de heno suave y, en un abrir y cerrar de ojos, se quedó dormido.

Aurora se acostó junto a él para darle calor, mientras los demás animales lo miraban en silencio, con ternura.



A la mañana siguiente, Casimiro se despertó con el primer rayo de sol. Estaba lleno de energía.

—¡Vamos, Aurora, despierta! —dijo el pequeño yaguareté, saltando de emoción.

—Mmm... ¿Qué pasa, cachorro? Es muy temprano todavía —respondió Aurora, medio dormida.

—¡Ya quiero partir! ¡Tengo que llegar a casa cuanto antes!

Aurora se frotó los ojos y sonrió.

—Tranquilo, pequeño. Todo está listo para tu viaje. Pero antes, ven a desayunar bien. Vas a necesitar fuerzas para lo que queda del camino.

Mientras Casimiro comía con gusto, Aurora revisaba los últimos preparativos.

Al terminar, Casimiro se relamió y dijo:

—¡Listo! Estoy preparado.

—Muy bien —dijo Aurora—. Ven, acompáñame.

Salieron juntos del establo y, para sorpresa del pequeño, ¡todos los animales de la zona estaban allí afuera, esperándolo!

Habían venido a despedirlo y a desearle buen viaje. Casimiro no podía creerlo.

Yaguané, un zorrino muy elegante, le regaló unas hierbas aromáticas.

Langostomus, la vizcacha, le ofreció una gran bolsa de cereales que había juntado en los campos cercanos.

Solor y Tokoko, los flamencos, le obsequiaron un suave sombrero hecho con sus mejores plumas.

Casimiro se puso el sombrero con orgullo y guardó los regalos en un bolso de mimbre que Mbói, la culebra, había tejido especialmente para él.

—Ven conmigo, Casimiro. Es hora de emprender tu regreso a casa —dijo Aurora, abriéndose paso entre los animales que miraban con cariño.

—Te presento a Guazú ti’í —continuó—. Él te llevará rápidamente a tu próximo destino.



—Ven, pequeño, subí a mi lomo. Tenemos que partir —dijo Guazú ti’í.

Casimiro se quedó mirando al nuevo animal con curiosidad.

—¿Qué pasa, cachorro? ¡Vamos, subí! —insistió Guazú ti’í.

—Perdón... es que te parecés mucho a un amigo mío, solo que sos más pequeño —respondió Casimiro.

—Seguro conocés a alguno de mis primos —dijo el ciervo con una sonrisa—. Yo soy un ciervo pampero. Mis primos, los ciervos de los esteros, son más grandes y viven cerca de tu hogar.

—¡Ah, con razón! —dijo Casimiro mientras subía a su lomo.

—Agarrate bien fuerte —advirtió Guazú ti’í.

Casimiro miró a todos los animales y dijo con emoción:

—Gracias por todo. ¡No sé cómo devolverles este favor!

—Solo llegá bien a casa, Casimiro —respondió Aurora con cariño.

De un salto ágil, Guazú ti’í arrancó veloz como el viento, rumbo al destino final.



Casimiro se aferraba con todas sus fuerzas a los cuernos de Guazú ti’í para no caerse.

—¿Estás bien, pequeño? —preguntó el ciervo mientras corría—. Tenemos que apurarnos si queremos llegar al río antes de que anochezca.

Casimiro no podía decir ni una palabra. Estaba concentrado en mantenerse firme sobre el lomo del ciervo.

Viajaron así durante todo el día. Cuando el sol comenzaba a esconderse, llegaron a la orilla del río.

Del agua asomó un pequeño lobito de río.

—¡Hola, Guazú ti’í! Te estábamos esperando con Sombra. Ya está todo preparado —dijo con alegría.

—¡Hola, Lontra! Qué gusto verte. Me alegra saber que todo está listo —respondió el ciervo.

—¿Lontra? ¿Sombra? —preguntó confundido Casimiro.

—Oh, perdón —dijo Guazú ti’í—. Casimiro, él es Lontra, y organizó tu última travesía. “Sombra” es quien te llevará ahora.

Lontra observó al pequeño con curiosidad.



Casimiro se ruborizó y encogió los hombros.

—Sí... supongo que soy yo el famoso cachorro perdido —dijo con algo de vergüenza.

—No te preocupes, pequeño —respondió Lontra con una sonrisa—. Todos los animales de la región estuvimos comunicados y organizamos una ruta especial para que regreses a casa lo antes posible.

La tarde se apagaba rápido y la noche ya cubría el cielo con su manto oscuro.

—¿Qué ocurre, Lontra? El sol ya se fue y todavía seguimos aquí —preguntó Guazú ti’í, algo impaciente—. Dijiste que todo estaba listo.

—No te preocupes, amigo. Ahí viene Sombra —respondió Lontra, tranquilo.

Casimiro miró a su alrededor, pero solo veía las pequeñas luces titilantes de las luciérnagas.

—Yo no veo nada —dijo el cachorro con curiosidad.

—Fijate bien, Casimiro. Sombra está justo frente a vos —dijo el lobito.

Casimiro entrecerró los ojos y, con atención, notó que en la orilla había dos luces que no parpadeaban.

De repente, un estruendo poderoso surgió del agua. ¡Splash!

—¡Ahhh! —gritó Casimiro, asustado, y corrió a esconderse entre las patas de Guazú ti’í.

—Perdón, pequeño. No quise asustarte —se oyó una voz grave y tranquila desde la oscuridad.

—Salí de ahí, Casimiro. Él es nuestro amigo Sombra —dijo Lontra, el lobito de río.

Casimiro se asomó con cuidado. No lograba ver mucho en la oscuridad, solo aquellas dos pequeñas luces que no titilaban. Pero entonces, la luna se reflejó en el agua... y una silueta se hizo visible.

—¡Sos un yacaré! —exclamó feliz Casimiro, al fin reconociendo a un animal familiar.

—¿Por qué tenés el hocico tan finito? —preguntó de inmediato, curioso como siempre.

Sombra soltó una risa grave y tranquila.

—¡Sos muy observador! Yo soy un yacaré negro. Tenemos el hocico más largo y delgado, diferente al de mis primos del norte, que lo tienen más corto y ancho.

—Venite, pequeño. Subí a mi lomo. Vamos a viajar río arriba durante toda la noche —dijo Sombra, con voz serena.

Casimiro se despidió con un abrazo de Guazú ti’í y Lontra. Luego, con cuidado, se acomodó sobre el lomo de Sombra. El viaje hacia su hogar continuaba, cada vez más cerca.



La luna todavía brillaba en el cielo cuando Sombra y Casimiro navegaban río arriba. Todo estaba muy callado, solo se escuchaba el canto lejano de algún ave nocturna y el suave chapoteo del agua.

Casimiro estaba sobre el lomo del yacaré negro, pero no podía dormir. Su corazón latía rápido. Sentía que ya estaba muy cerca de su casa.

—¿Falta mucho, Sombra? —preguntó bajito.

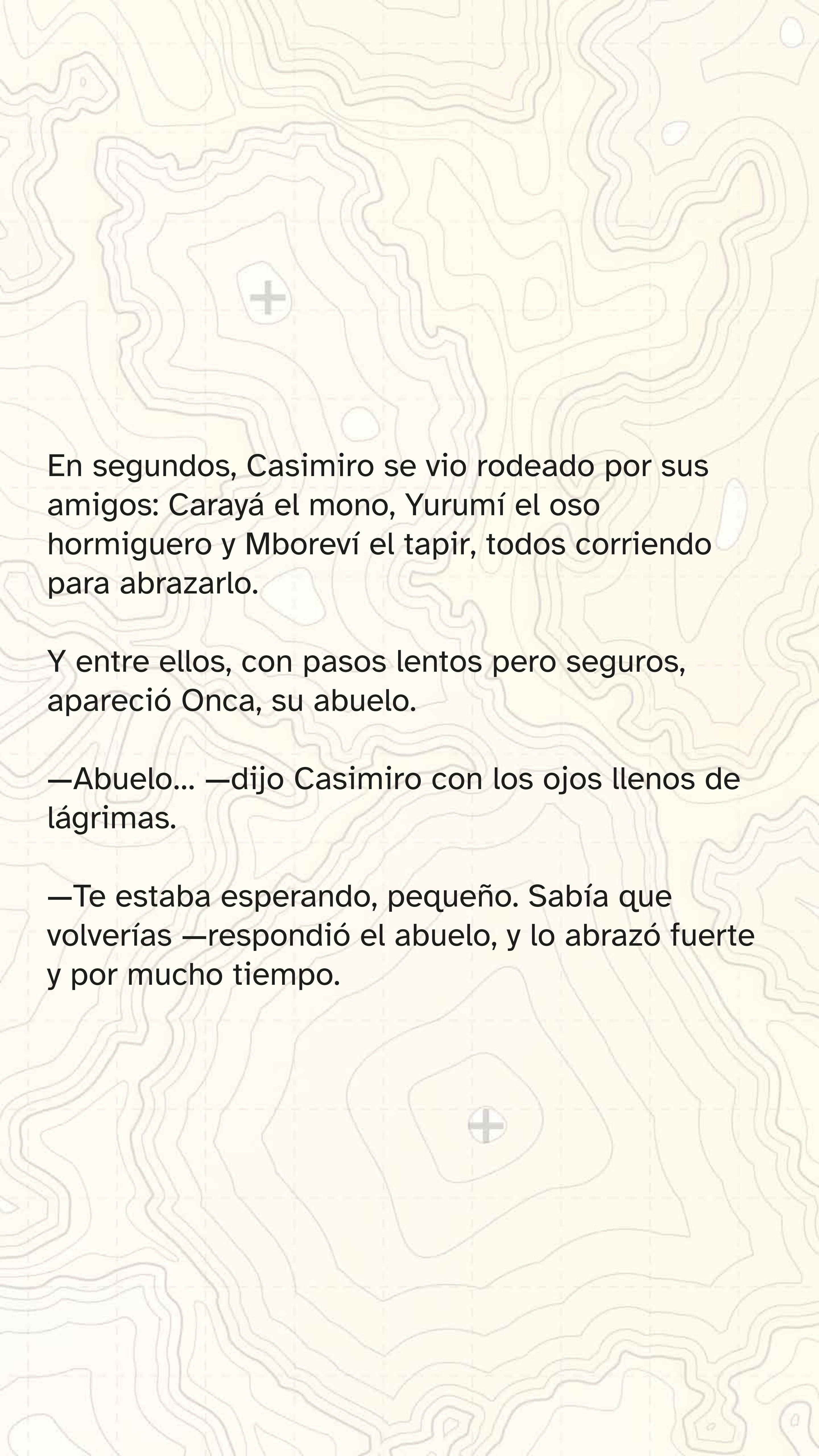
—No, pequeño —contestó el yacaré—. Mira allá, entre los árboles. ¿Ves esas luces que bailan?

Casimiro miró con cuidado. Sí, las veía. ¡Eran luciérnagas! Pero no eran cualquiera... esas luces bailaban en círculos, como si estuvieran haciendo una danza especial.

—¡Eso hacen en mi selva! —exclamó Casimiro—. ¡Así bailan cuando jugamos a las escondidas!

El corazón del pequeño se llenó de alegría. Mientras se acercaban a la orilla, los sonidos se volvían más familiares: el croar de las ranas, el susurro del viento en las hojas, y el canto lejano de Toco, el tucán.





En segundos, Casimiro se vio rodeado por sus amigos: Carayá el mono, Yurumí el oso hormiguero y Mboreví el tapir, todos corriendo para abrazarlo.

Y entre ellos, con pasos lentos pero seguros, apareció Onca, su abuelo.

—Abuelo... —dijo Casimiro con los ojos llenos de lágrimas.

—Te estaba esperando, pequeño. Sabía que volverías —respondió el abuelo, y lo abrazó fuerte y por mucho tiempo.

Esa noche, toda la selva celebró que Casimiro había vuelto. El pequeño yaguareté contó sus aventuras: las montañas con nieve, el enorme océano, los animales nuevos y sus amigos lejanos.

Cuando terminó, se acurrucó junto a Onca bajo la luz de las estrellas y dijo:

—Viajé muy lejos, más allá del sol... y aprendí algo muy importante.

—¿Qué aprendiste, Casimiro? —preguntó el abuelo.

—Que no importa lo lejos que uno vaya... siempre hay un lugar donde el corazón late más fuerte. Ese lugar... es el hogar.

La selva quedó en silencio, como si hasta los árboles quisieran escuchar esas palabras. Y entonces, todos sonrieron.

Porque en ese rincón cálido del mundo, Casimiro estaba en casa.





Casimiro y el viaje más allá del sol.

Seba Fontao

Edición Digital: <https://nodofauna.com.ar>

**Reservados los derechos DNDA, Prohibida su venta,
material de difusión.**